



Descolonizar escribiendo: “Es un mundo violento pero, sobre todo, creo que atravesamos el bosque muy solas”. Entrevista a Patricia de Souza

Decolonizing by writing: “It’s a violent world but, above all, I think we walk through the forest quite lonely”. Interview to Patricia de Souza

Marcela Magdalena Kabusch

Centro de Investigaciones de la Facultad
de Filosofía y Humanidades (CIFYH)
Secretaría de Ciencia y Tecnología (SECYT)
Universidad Nacional de Córdoba
Córdoba - Argentina

Recibido: 29/04/2019 | Aceptado: 15/06/2019

Patricia de Souza, escritora peruana, nacida en Ayacucho en 1964, es una de las referentes de la literatura peruana contemporánea. Hace ya muchos años que vive fuera de su país natal, entre Francia, México y Venezuela. *Vergüenza* (2014), una de sus últimas novelas, recrea esa errancia y su inquebrantable vínculo con lo peruano, con la familia, con el dolor que provoca aquello que ya no es cotidiano pero que sostiene sus pensamientos, su discurso, sus recorridos reflexivos. Su última novela, *Mujeres que trepan árboles* (2017), también lo hace pero de forma figurada, buscando la raíz, el arraigo que tal vez no está en el territorio sino en el suelo simbólico que devela nuestros sentimientos culturales. O en el discurso, el que tantas veces es motivo de disputa pero también de encuentro. Los últimos textos ensayísticos de Patricia, *Descolonizar el lenguaje* (2016) y *Ecofeminismo decolonial y crisis del patriarcado* (2019), ambos editados por *Los libros de*



Fotografía recuperada de Facebook

la mujer rota, nos ponen frente a esos discursos que fueron y son disputa y encuentro. La lucha por la palabra, mujeres díscolas, disciplinadas, hablando, porque lo importante, como dice Flora Tristán, una de las mujeres medulares en la obra de la escritora Ayacuquina, “lo importante es nombrar”. Errancia, poder, disputa, discurso, lo femenino, los orígenes, la memoria, el lenguaje tejiendo y des-tejiendo nuestras historias. Una conversación con Patricia de Souza que intenta entender, deshilvanando, desarticulando, nombrando.

M.K.: –En *Vergüenza* (2014) decís que en Lima “se busca un alma nacional, pero nadie sabe a qué corresponde, no tenemos narración, no tenemos casi nada escrito sobre el pasado”, pero a su vez también decís que “...no se puede decidir abandonar la narración, es un líquido caliente que brota desde el centro exigiendo cavar surcos con las manos.” ¿Sentís la obligación de escribir historias para que La Narración no se siga escribiendo sobre esas historias?, ¿sentís que conocés esa palabra que brota en ebullición y que debés nombrarla?

P. de S.: –No, no necesariamente. La Historia con mayúscula, simplemente hablo de la historia de lo/as más marginales, de lo/as “Invisibles”. Lo que trato de evidenciar es que la Historia se escribe desde una mirada de dominación, de quienes “pueden” escribirla porque pertenecen a una elite y tienen los instrumentos para hacerlo. A mi modo de ver, no hemos escrito ninguna historia que se nos parezca porque esa ha sido una tarea que ha ejercido una clase muy conservadora y bajo vigilancia (una suerte de docilidad con el poder). De ahí que entre en el tema de la “decolonización”. Alguien alienado o alienada con una realidad que no es la suya, y que es dócil con las clases más dominantes, maquilla cosas, desfigura. Creo que todo lo que sale en mis novelas, que son básicamente ficcionales, son intuiciones. El hilo de la narración, lineal, es también adquirido, no es natural, digamos. Lo más inquietante es que pensemos que las cosas que nos son dadas, son verdades. Y, escribiendo, percibo otras cosas...

M. K.: –¿Qué tipo de cosas?, ¿esas cosas pertenecen a ese “...líquido caliente que brota desde el centro exigiendo cavar surcos con las manos”?

P. de S.: –Nuestros valores y creencias. Lo otro es una imagen, no sé si se pueda tomar de forma literal, cavar surcos es tratar de ir más allá de las apariencias... ¿Cómo surge? Escribiendo, hay un devenir del texto que se impone solo.

M.K.: –¿Narrativa o ensayística? Teniendo en cuenta el epígrafe a *Descolonizar el lenguaje*, “Escribir es enteramente político” de Pascal Quignard, ¿cómo es la relación entre la literatura y la acción política?

P. de S.: –Es que escribir es elegir un código de lenguaje, una forma del idioma, y expresar una visión del mundo, en el caso de las mujeres, una situación de dominada, lo que nos coloca en la pelea por los significantes, acuérdate que Lacan decía que carecíamos de él. Y sobre novela o ensayo, no sé decirte, ambas me parecen cercanas y la novela es un terreno vasto. Los géneros literarios también han cambiado.

M.K.: –¿Te sentís cómoda en lo académico?

P. de S.: –Yo no diría que hago una crítica “académica”, la academia es muy conservadora. Justamente la literatura exige libertad, nuevos modelos, nuevas alternativas a la idea moderna “de lo literario”, no se puede alejar de lo vital sin correr el riesgo de ser desplazada por Netflix y las redes sociales, eso es cada vez más evidente.

M.K.: –Pero el lugar de la academia también es un terreno de disputa, de legitimación que influye en lo que se publica y no se publica en Perú, por ejemplo. ¿No crees que es un terreno que no se puede abandonar?, ¿cómo es que ahí el discurso indisciplinado puede comenzar a deconstruir lo históricamente legitimado en un Perú “Vargallosiano”?

P. de S.: –Las academias son, a mi modo de ver, un modelo que no está siguiendo su época, deberíamos cambiar cursos, incluir nuestras historias y no pasar siempre por Europa, nos enseñan siempre lo mismo y el pensamiento crítico, que existe, no circula. Hay lo que se llama “las epistemologías del sur”, pero no sé si serán una opción que durará por cuestión de lucha de poderes, veremos con el tiempo cuál será su recepción. En un mundo tan dominado por las narraciones globales que siguen haciendo propaganda a una forma de vida depreda-



Fotografía recuperada de Facebook

dora como lo es el capitalismo financiero, con escritores y escritoras que no se hacen la pregunta, no sé dónde vamos, algo vendrá. ¿El Perú es vargasllosiano? Está también José María Arguedas (y aquellas y aquellos que escribimos), y no son lecturas totalizantes puesto que un país no se reduce solo a sus representaciones escritas sino también orales (no olvidemos que el Perú tiene narraciones orales), es mucho más complejo. Las fronteras han erosionado, todos y todas estamos frente al mismo problema planetario, somos parte de la biodiversidad y menos particulares de lo que creemos...

M.K.: –¿En tu biografía personal y literaria se materializan las fronteras erosionadas?

P. de S.: –Nací en el departamento de Ayacucho, precisamente en Coracora, un pueblo que recuerdo muy rural, muy hermoso. Pero, pese a que la familia paterna, por el lado de mi madre, siempre ha regresado por las fiestas patronales, yo nunca lo he hecho de adulta porque nunca he podido. He crecido en Lima, en un suburbio que se llama Chaclacayo y que es muy soleado. Mi padre es de Pucallpa, oriente del Perú, o sea que mi origen se ha mezclado mucho. De hecho, aparecen paisajes de la selva y de la sierra en mis libros. Conozco la sierra,

porque íbamos de vacaciones hasta que cumplí diez años, pero desde ahí, y sobre todo durante la época de Sendero, salvo incursiones a la sierra central, he ido menos.

M.K.: –Ayacucho, tu lugar de origen, fue el epicentro de la lucha armada que tuvo como protagonistas a Sendero Luminoso, el MRTA y el Estado peruano en las décadas del ochenta y el noventa. ¿Cómo fue transcurrir esa historia desde dentro y desde fuera del Perú?

P. de S.: –El período más violento, el atentado de Tarata, lo pasé en Lima. Había cortes de luz todo el tiempo, el agua estaba restringida, por las noches salíamos con pañuelos blancos, pero fue una época rica en amistades. Yo no era una persona politizada, estaba desconectada y, claro, no entendía, nunca he acabado de entender a Sendero Luminoso. Más que juzgar, yo quería comprender ese tiempo violento que terminó con los partidos y que no ha dado nada nuevo sino un apolitismo algo cínico. Síntoma de la época, pero también resultado de la falta de conexión de los partidos más importantes con la población indígena, la gente del campo. De hecho esta población se la pasó entre dos fuegos, estar con el Estado, que no le daba nada, o con Sendero, que prometía algo casi inintelligi-

ble. Además, era una organización cuyo líder masculino era una figura de culto. Luego regresé a Europa y no he investigado esa parte, es algo que tengo pendiente.

M.K.: –¿Cómo construir una historia que recién está surgiendo hace unas décadas y que aún está tapada por un silencio cómodo?, ¿cuál ha sido, creés vos, el lugar de la literatura en la reconstrucción de esa historia reciente?

P. de S.: –Para todo ejercicio de memoria se necesita tiempo y distancia. No sé si podremos representarla como fue, siempre será una parte de ficción. Lo que dije es que siempre proviene del mismo sector, y ahí radica el problema. Es el capital simbólico del que ya habló Bourdieu en su libro sobre la dominación masculina.

M.K.: –Tu paso por México y Venezuela, además de tu origen peruano, ¿qué influencia tuvo en tus reflexiones sobre la violencia en Latinoamérica?, ¿cómo se conectan en tus reflexiones la mirada sobre el patriarcado, el capitalismo y el colonialismo?, ¿qué lugar ocupa la palabra femenina en este contexto de violencia?

P. de S.: –Hay procesos muy distintos, muy masculinos, autoritarios y democráticos, se buscan otros modelos, pero no es fácil en una economía globalizada. Caso Venezuela: ¿cómo salen de la crisis con el bloqueo económico que le han impuesto los EE.UU. y parte de UE, dejan el petróleo intacto, qué pasó con el ecosocialismo? Complicado, pero no imposible. La urgencia está ahí, en el problema climático y el ecosistema.

Por otra parte, el capitalismo y el patriarcado funcionan de la mano y, para seguir dominando, es necesario colonizar las mentes, dominar las cabezas de las mujeres que son las que garantizan el cuidado de la vida, sometiéndolas. Por eso es tan complicado cambiar las cosas. No podemos pedir a las mujeres que renuncien a la maternidad, pero, una vez que aceptan, son reducidas a

su rol de “cuidadoras”, y no pueden ser personas enteras. Para funcionar, esa herencia simbólica, de la mujer que siempre es antes que nada madre, se debe perpetuar. Las cosas están cambiando con la ampliación de los criterios de género, al poner en duda su carga cultural como universal. Incluso las relaciones familiares, patriarcales, son relativas desde que la antropología las estudia. El mundo entero no funciona igual.

M.K.: –Siempre hubo otras búsquedas. Tus novelas tienen como protagonistas a mujeres errantes, mujeres sólidas que hablaron, gritaron y gozaron pero a fuerza, a veces, de una historia de dolores, violencias, humillaciones. ¿Cómo es tu vinculación personal, política, erótica con esas mujeres?, ¿te has sentido una paria?, ¿has necesitado del lenguaje para existir, como propones en tu texto “Flora Tristán, el no-lugar del idioma extranjero” (2014)?

P. de S.: –¿Qué mujer en el mundo no ha sido humillada, ofendida, maltratada? Creo que muy pocas. La primera persona es dar paso a una subjetividad que no sea la reproducción masculina, aunque nunca he querido esencializar “la feminidad”, simplemente ponerla en un contexto social, cultural. Y paria, por supuesto que sí. Madame de Staël, en el siglo XIX, decía que las mujeres que escriben son como “los parias” de la India, de ahí sacó Flora Tristán su título y yo fabriqué la relación. Las mujeres carecemos de todos los espacios de decisión y de construcción de sentido, en la política y en las narraciones globales. De ahí que empecemos desde pequeñas a sentirnos mucho más desarraigadas. Es un mundo violento pero, sobre todo, creo que atravesamos el bosque muy solas (caperucitas rojas ¡¡y hay lobos!!). La idea es acompañar con los libros, que se puedan ver de otra manera menos devaluada y en roles de primera línea. Quizás sea muy arrogante, sí. Aunque lo hice con humildad, haciéndome a un lado.

M.K.: –Haciéndote a un lado pero dejándoles la palabra que les permite la existencia, ¿no? El lenguaje de tus novelas, ¿es un lenguaje que intenta ser “descolonizado”?

P. de S.: –No digo que mi lenguaje sea “descolonizado”, si no, no plantearía la cuestión. Es una utopía muy concreta. Antes parecía imposible que se incluyera el femenino en el lenguaje, y ahora se hace más banal. Tampoco imaginábamos que un partido podría llamarse “Unidas podemos” para incluir al masculino, como podemos ver en las elecciones generales en España este veintiocho de abril. Son avances.

M.K.: –La figura de Flora Tristán es una constante en tu obra, díscola, víctima de la violencia (violencia que aprende a utilizar también contra el propio orden que la violenta). ¿Qué significado tiene para el Perú la figura histórica de Flora Tristán?, ¿qué significado tiene para vos?

P. de S.: –Me gusta Flora porque, como yo, ha vivido entre dos continentes, emocionalmente hablando. Ella era hija de un peruano arequipeño, y de una francesa, pero el matrimonio de sus padres nunca fue reconocido, y ahí empezó el maltrato. La imagen que tenemos de ella ha sido construida justamente por hombres. La biografía de Luis Alberto Sánchez la pintaba como una aventurera, con mucha xenofobia, creo yo. Luego Vargas Llosa la pone como personaje en *El paraíso en la otra esquina*, pero su mirada también es bastante misógina, y Paul Gauguin, el nieto, termina por ocupar todo el espacio. Fraternidad masculina, imagino.